

Catalina y Don Alonso callaron.

—Contestad con franqueza—continuó la vieja.—Don Alonso se lleva un rico caudal y una real moza, y Catalina queda bien puesta y puede casarse el día que quiera.

—¿Pero consentirá Doña Esperanza?—dijo Don Alonso, comenzando ya á conformarse.

—Eso es cuenta mia—replicó la vieja;—contestadme si estais ó no de acuerdo.

—Estoy.

—Hay que advertir que como ahora la herencia no vendría por Catalina, sino por vos, y ese caso no está previsto por vuestro contrato, no vayais á decir que en ese caso la ganancia no es divisible.

—No me creais capaz de semejante villanía.

—Siempre es bueno estar de acuerdo, que cuenta y razon conservan amistad: ahora ya advertido, cuidado tendreis de no faltar, que sabeis ya de todo lo que yo soy capaz cuando me engañan.

—No habrá nunca necesidad de eso.

—Bien; ahora hablemos del consentimiento de la novia, que aunque es cosa que corre de mi cuenta, quiero arreglarlo con vosotros. ¿Creeis que se resistirá mucho?

—Puede que sí—dijo Catalina.

—¿Le conoces tú algun novio?

—Sí, á Don Leonel de Salazar.

—Apenas de nombre conozco á ese caballero; será uno de tantos Salazares como hay en México. ¿Y le ama mucho? porque eso sí seria obstáculo grande.

—Creo que él no la ama mucho que digamos, porque hoy casi me ha declarado á mí su pasion.

—¡Oh! eso estaria soberbio—dijo la vieja;—si tú consiguieras, dulcificándote algo con él, aun cuando no le quie-

ras, una prueba de que olvidaba á esa muchacha, la cosa se facilitaria mucho.

—Sencilla cosa me pedís.

—Pues con eso y con otros arbitrios de que me valdré yo, es negocio arreglado: ¿cuándo esperas tener esas pruebas?

—Mañana temprano, si lo deseais.

—¿Si lo deseo? no solo lo deseo, sino que lo exijo de tí en bien de todos.

—Pues se hará como decís.

—Ahora os diré mis determinaciones: esa jóven está entregada solo á Guzman.

—Sí, señora—dijo Don Alonso.

—¿Y cuándo vendrá aquí Guzman?

—Mañana temprano, para ver qué decidimos sobre ella: como sabeis, Guzman tiene una casa por uno de los montes inmediatos, adonde habiamos determinado que se llevara á Esperanza, y que allí ó la hacia su querida, que á él bien le gusta, ó la hacia desaparecer de la tierra.

—No era mal pensado; pero probaremos antes este otro medio: como que quizá será vuestra mujer..... ¿Supongo, Don Alonso, que Guzman no le habrá faltado á esa jóven?

—Estoy seguro de su respeto.

—Adelante; pues mañana temprano que venga Guzman; me voy con él: entretanto Catalina arregla lo del novio de Esperanza, y yo enviaré al mismo Guzman algo mas tarde, para saber si hay ya lo que necesito.

—Está bueno—dijo Don Alonso;—pero como la casa está lejos.....

—No importa; Guzman vendrá á caballo: en cuanto á mí, la carroza irá á dejarme hasta cierto lugar, y despues cuando la necesite la enviaré á traer. ¿Esa jóven ha comido algo?

—Nada; no hemos querido que se le dé alimento; la debilidad del cuerpo influye sobre la energía del alma.

—Bien dispuesto, ya es algo avanzado.

—¿Quereis, madre, que cite yo á Don Leonel?

—Eso es cuento tuyo, y las mujeres en nada de amores necesitamos de consejos; cuando preguntamos algo de eso, es solo para buscar votos de aprobacion y para engañarnos á nosotras mismas: tú sabes lo que quiero y me basta. Por ahora me retiro á descansar para levantarme temprano: no olvideis mis prevenciones; al amanecer que enganchen una carroza, y me avisen en cuanto venga Guzman.

—Sí, señora.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

La vieja se retiró á su aposento, y Don Alonso dijo á Doña Catalina:

—Confesad, señora, que no os disgusta el papel que tenéis que representar con Don Leonel.

—Como tampoco á vos el que os toca con la heredera.

—Es cierto.

—Pues he aquí cómo mi madre ha concebido un plan que á todos nos deja contentos.

—¿Y seríais capaz de casaros con Don Leonel?

—Quién sabe! pero hasta ahora me parece que sí.

XXV.

En donde se verá de todo lo que era capaz la vieja Doña Catalina.

En una casita aislada al Oriente de la ciudad de México y á orillas del triste lago de Texcoco, estaba encerrada desde el día en que la robaron, Doña Esperanza de Carbajal.

La casita constaba solo de dos piezas: una interior, que era la que servia de prision á Doña Esperanza, y que tenia una ventana con una fuerte reja para la calle y una puerta para la pieza siguiente, que servia de habitacion á Guzman, guardia y carcelero de la jóven.

En la pieza de Esperanza habia un banco de cama viejo sin colchon ni abrigo, y una silla desvencijada. La ventana estaba abierta, y desde allí se distinguia la tranquila superficie del lago, que atravesaban á lo lejos las canoas que de la ciudad iban para Texcoco.

Esperanza permanecia arrimada á aquella ventana mirando el lago y el cielo, y con la ilusion de que álguien

pasase por allí al alcance de su voz para pedir socorro; pero todos los alrededores de la casa estaban siempre desiertos.

Pasó el día, la noche tendió sus crespones, y agua y firmamento se envolvieron en negra oscuridad, que rompían solo ó la luz de alguna estrella que cintilaba en el cielo, ó la de alguna canoa que atravesaba á lo lejos lentamente.

Comenzaba Esperanza á sentir hambre, cansancio, frío, tristeza, desesperacion, terror; el aire húmedo zumbaba entrando entre los hierros de la reja, trayendo de cuando en cuando entre sus ráfagas inconstantes, lejanos ladridos de perros y cantos de gallos.

La habitacion estaba oscura, y Esperanza buscó á tientas el banco para reclinarse y descansar un momento; le encontró y se acostó; pero le hubiera sido imposible dormir meditando en su situacion, y en un lecho tan incómodo.

El silencio de la noche era pavoroso, y no se interrumpía sino por los ruidos que traía el viento, y por el canto monótono de los grillos y de las ranas que habitaban en los pantanos de los alrededores.

Algunas veces cuando el viento arreciaba, le parecia á Esperanza que percibia el galope de un caballo ó el rumor sordo de un carruaje que se acercaba; entonces se incorporaba, procuraba aplicar el oido, poner toda su atencion; esperaba algo extraordinario, algun salvador desconocido; pero todo cesaba, y ella volvía á recostarse desesperada, pensando en Don Leonel y llorando.

La pálida luz de la mañana comenzó á deslizarse en el aposento de Doña Esperanza, y la jóven se dirigió inmediatamente á la ventana.

Nada podia distinguirse desde allí; una neblina densa y blanca se tendía sobre la superficie de las aguas.

Doña Esperanza comenzaba á sentir cosas horribles; el hambre y la debilidad le producian vértigos, dolores vagos en la cabeza y en el cuerpo; de repente se sentía desfallecer, se oscurecía su vista, zumbaban sus oidos, y un sudor frío empapaba su frente; pero luego venía una reaccion inexplicable y súbita como un relámpago, y entonces se sentía fuerte, pero dominada de un sentimiento de ira, de un deseo de venganza, de un rencor terrible, y sacudía las rejas de la ventana con una energía increíble.

Pero este vigor pasaba con la misma rapidez con que había llegado, y volvía á dar lugar á todos los sufrimientos del hambre, y sobre todo, de la sed.

La jóven sentía sus fauces y su garganta secas y ardientes; aspiraba el aire frío de la mañana y ponía su lengua en los hierros fríos de la reja; pero aquello no podia templar su sed, sino solo aumentar su martirio: á poco su lengua seca comenzó á inflamarse, y un nuevo sufrimiento vino á complicar mas su triste situacion.

Serian las siete de la mañana, cuando se oyó en la puerta el ruido de la llave. Desde que Esperanza estaba allí, nadie había penetrado en aquella estancia; el único deseo que ella abrigaba, porque creía su muerte segura, era que la dejasen sus verdugos morir sola; temía, sin saber por qué, cosas mas horribles que aquella muerte lenta á la que parecia habersele condenado, y así es que al escuchar el ruido de la puerta, se refugió espantada en uno de los ángulos de su prision.

Pero la puerta se abrió, y en vez de hombres feroces ó enmascarados, Esperanza vió entrar á Doña Catalina, que volvió á cerrar luego que penetró.

Aunque el aspecto de la vieja nada tenia de agradable, sin embargo, era una mujer, y Doña Esperanza se tranquilizó. ¿Qué podria hacerle una anciana?

—Dios os guarde—dijo la vieja.

Doña Esperanza sin contestarle inclinó la cabeza como haciendo un saludo silencioso.

—Veo que estais enojada, y no os falta razon, hija mia; quizá os han tratado con mas dureza que la que era necesaria; pero todo podrá remediarse. Vamos á cuentas: sentaos aquí á mi lado, y hablaremos como amigas, porque aquí solo me trae vuestro interes.

Esperanza instintivamente se habia ido acercando á Doña Catalina. La vieja tomaba un aire tal de bondad y la jóven tenia tanta necesidad de algun apoyo, que cuando la vieja acabó de hablar, ya Esperanza estaba sentada á su lado y mirándola casi con simpatía.

—Vengo—dijo la vieja—á proponeros de parte de quien puede hacerlo, vuestra libertad y la dicha de vuestra vida, y á deciros á todo lo que os exponeis en caso de una negativa obstinada. ¿Estais dispuesta á escuchar?

—Sí, señora.

—Bien; atendedme. En primer lugar, ¿qué es lo que deseais mas en este momento?

—Antes que todo, agua; me abrasa la sed, mi lengua se pega ya al paladar y apenas puedo hablar.

—Ya me lo suponía yo, y os he traído y tengo afuera excelentes refrescos para calmar vuestra sed; ¡oh! unas limonadas soberbias, orchatas; en fin, una fuente de placeres para vos, pobrecita, que debeis soñar ya con esos vasos de cristal llenos de agua fria y pura y trasparente.....

—Sí, sí señora; pero haced que los traigan: ¿no sabeis lo que es tener sed?

—Ya, ya vereis; capaz os supongo de tomaros un vaso de chia fresca y olorosa sin respirar siquiera, ó una de esas jícaras de Valladolid, rojas y doradas, con una orchata blanca y fria, en la que nadan polvos de canela y hojas de rosa.....

La vieja, con una especie de lujo de crueldad y de rencor, procuraba con su ademan y sus sonrisas dar mayor fuerza á sus palabras, saboreando el tormento de Tántalo que habia preparado á Esperanza.

—¡Oh! pero, señora, aunque sea agua, una poca de agua.

—Sí; venid, venid.

Y la vieja se levantó: Doña Esperanza la seguia sonriendo al placer de calmar la horrible necesidad que la devoraba: llegaron á la puerta, pero estaba cerrada; la jóven empujó, y como los batientes no cedieron, dijo tristemente á Doña Catalina:

—Está cerrada.

—Sí, mi alma, está cerrada, pero abrirán; mirad por la cerradura entretanto lo que os aguarda.

Doña Esperanza, como el avaro que espía un tesoro, miró por el agujero de la chapa.

En la pieza inmediata, sobre una mala mesa, habia una enorme palangana de plata, con vasos, botellas y jícaras que contenian agua y refrescos, rodeados de flores y hojas verdes.

—Que me den agua, que me den agua—dijo como fuera de sí la jóven.

—Todo lo tendreis; pero hablemos antes un momento.

—Primero dadme de beber.

—No son esas las instrucciones que tengo; os he dicho que voy á proponeros de parte de quien puede, lo que se

desea de vos, y á presentaros lo que debéis esperar ó temer, segun vuestra resolucion: conque paciencia y contestadme.

—Pero esto es horrible! quieren matarme de sed y de hambre!

—No, lo que se quiere es que comprendais lo que se os espera, si no sois buena y condescendente.

—¿Pero qué se exige de mí? ¿qué se pretende?

—A eso vamos; no mas que ya os lo hubiera dicho, pero no habeis querido oír.

—Vaya, hablad.

—¡Bendito sea Dios que os poneis en juicio! Se trata no mas que de un matrimonio.

—¿Matrimonio? ¿de quién?

—Vuestro.

—¿Mio?

—Sí.

—¿Pero cómo? ¿con quién?

—¿Cómo? dad vuestro consentimiento y lo vereis: ¿con quién? con un caballero muy rico y principal, con el señor Don Alonso de Rivera.

—¿Con Rivera!—exclamó admirada Esperanza.

—Con el mismo Don Alonso de Rivera, amigo íntimo de vuestro difunto padre Don Pedro de Mejía, ¡que en paz descansa!

—¡Imposible!—dijo la jóven sentándose indignada.

—No, no digais imposible, porque no lo es; es libre y rico, vos tambien; no sé por qué os parezca imposible.

—¿Pero cómo os podeis suponer que pueda yo unirme con un hombre á quien no conozco, á quien no amo, con quien no me ligan relaciones de ninguna especie?.....

—Todo eso no importa nada: si consentís, ya lo conoce-

reis bien despues, ya lo pensareis, y muy pronto tendreis con él relaciones demasiado íntimas.

—Primero me moriria yo.

—Esos son disparates, que los decís sin reflexionar, porque sois una criatura sin experiencia; la muerte es cosa muy dura para preferirla á un matrimonio tan conveniente como el que yo os ofrezco. Meditadlo bien.

—Nada tengo que meditar; primero muerta que mujer de ese hombre, á quien apenas conozco y á quien odio.

—Vamos, vamos; la debilidad os hace delirar, y si no me doliera tanto vuestra suerte, no tendria ya paciencia para tanto; pero os quiero advertir á lo que os exponeis con vuestra obstinacion.

—La muerte misma no me importaria nada.

—Puede ser; pero hay cosas que para una mujer como vos, tan llena de altivez, son peores que la misma muerte; por ejemplo, la sed y el hambre.

—Las sufriré hasta morir, y moriré contenta.

—No morireis, ni cosa semejante; hay otro plan que voy á descubriros, porque no hay temor ni de que se lo comuniqueis á ninguno, ni de que os escapeis de él.

Doña Esperanza abrió los ojos con terror; la calma de la vieja y el convencimiento de que decia la verdad, la asombraban.

—Está claro—continuó Doña Catalina—que vos tendreis valor para soportar el hambre y la sed; se os presentarán dentro de un momento tan luego como yo me vaya, refrescos y manjares; pero en todos, hasta en la misma agua, habrá un veneno que no os hará morir; os sumergirá solo en un profundo letargo, y entonces, aquí va lo curioso, atended; el hombre que os vigila, que es un gefe de ladrones, que tiene una casita oculta en el monte, despues (y

así se le ha ordenado) de hollar aquí mismo vuestra pureza.....

—¡Qué horror, Dios mio!

—Cuando vos no podáis oponer ninguna resistencia, cargaré con vos y os llevará á su casa, de donde no podreis salir hasta que tengais ya una familia que sea tambien suya.....

—¡Pero esto es infame! ¡infernall! ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¡socórreme!

—No hay que esperar socorro de Dios: oidme; si no queis probar de esos alimentos, entonces la fuerza suplirá á la astucia, y sucederá lo mismo con una poca mas de solemnidad, porque Guzman, que así se llama el hombre de que os he hablado, tendrá que entrar aquí con cuatro de sus compañeros que le ayuden á dominarós, y ya veis que para evitaros el dar espectáculo tan divertido á cuatro bandideros, se os debe aconsejar, como lo hago, que tomeis los refrescos.....

—¡Sois una infame!.....

—¡Infame porque os advierto los peligros que os amenazan? Bien; esa es la gratitud: si no os hubiera dicho nada, lo mismo hubiera sucedido; conque ¿por qué me culpais? Podrá evitarse todo: dad vuestro consentimiento, sed ante el mundo la honrada esposa de Don Alonso de Rivera, y estamos al otro lado.

Doña Esperanza se cubrió el rostro con las manos y empezó á sollozar.

—Vamos, vamos, tened prudencia, que el sacrificio no es tan grande como os lo suponeis: yo tambien he sido jóven, y supongo lo que pasa en vuestro corazon; llorais por otros amorcillos, ¿los de vuestro primo Don Leonel de Salazar, tal vez?

—¿Quién os ha dicho?.....—preguntó Doña Esperanza levantando con indignacion el rostro y mirando á la vieja.

—Nadie; pero todo se sabe: estais enamorada de vuestro primo Don Leonel, y de aquí viene toda esa resistencia.....

—Yo no os autorizo para hablarme de eso.

—No necesito de vuestra autorizacion, como Don Leonel tampoco la ha necesitado para tener amores y tratar de su matrimonio con la hermosísima Doña Catalina de Armiño, viuda de vuestro padre.

—¡Mentira! mentira, señora!—dijo temblando da emocion Doña Esperanza.

—¿Mentira? Vaya una ceguedad! yo lo sé, lo he visto, y os lo probaré cuando querais.

—¿Lo habeis visto? ¿decís que lo habeis visto? Repetidlo, señora, repetidlo, para deciros que mentís.

—Decid cuanto gusteis, que no por eso dejará de ser menos cierto que yo misma, con estos ojos que se ha de comer la tierra, he visto á vuestro Don Leonel en brazos de Doña Catalina, cubriéndola de caricias, estrechándola contra su corazon, jurándole que la amaria eternamente, que no habia amado á nadie como á ella.....

—Imposible!

—¿Insistís en negar? yo los he visto, y á Doña Catalina, tan bella, tan elegante, tan discreta, llorar de placer y llamarle su «ángel:» era un grupo encantador; parecen nacidos el uno para el otro, y todo el trabajo era que se encontraran sobre la tierra, que una vez encontrados, ellos conocen que nacieron para vivir amándose, y nadie ni nada será capaz de separarlos.

—¡Dios mio, Dios mio! ¡qué tormento! ¡qué tormento!—

decía Doña Esperanza, retorciendo los brazos con todo el furor de los celos y de la desesperación.

—Oh! y no os ofendais por lo que voy á deciros—continuó la vieja;—pero debéis disculpar á Don Leonel; Doña Catalina es tan bella, tan bella, que bien se puede olvidar á cualquiera mujer por su amor: mirad; serán las diez, y en este momento Don Leonel estará á su lado: yo soy vieja ya, pero les tengo envidia, y gozo al mismo tiempo con espiarlos: ¡qué amor, qué fuego! cómo gozan esas dos almas, esas dos naturalezas! Si viérais una escena de esas, cualquiera, lo que pasa tal vez en estos momentos, perdonaríais á Don Leonel, porque quizá vos no le haríais nunca gozar como Doña Catalina.

—¡Oh! silencio, por Dios! silencio!

—Yo os lo cuento porque veais lo que es Don Leonel para vos, porque sepais que aun cuando no llegue á casarse con Catalina, aun cuando cansado de ella la abandone mañana, nunca podrá ser vuestro, porque vos *ya* sereis, al menos no os lo consentirá la Iglesia, la mujer del amante de vuestra madre, porque Doña Catalina, viuda de Don Pedro de Mejía, viene á ser como vuestra misma madre; de modo que para vos, Don Leonel está perdido para siempre.

—Pero la prueba, la prueba de todo eso, vieja infernal.

—¿La prueba? ¿quereis una prueba? muchas hay; pero voy á buscaros una. Guzman—dijo la vieja abriendo la puerta

—Voy—contestó desde afuera un hombre.

—Doña Esperanza—agregó la vieja—poned cuidado al hombre que va á entrar, que es el que está destinado para ser el padre de vuestros hijos, ya que perdeis á Don Leonel y no quereis á Don Alonso.

La tosca y repugnante fisonomía de Guzman apareció

en la puerta, y la jóven, que no quitaba de allí los ojos como fascinada por una serpiente, dió un grito y cayó desvanecida.

—Guzman—dijo Doña Catalina—monta á caballo y vé á pedir á Don Alonso la prueba de que le hablé anoche.

Guzman salió, la vieja volvió á cerrar y se acercó á Esperanza, que permanecía en el suelo sin sentido.

En este momento se escuchó el galope de un caballo que se alejaba.

lazar, entraba á la casa de Doña Catalina, que le esperaba impaciente.

—Perdonadme—dijo la jóven;—estoy avergonzada, confusa, de haberme atrevido á escribiros; pero fué un momento de delirio, de locura, del que me arrepiento.....

—¿Arrepentiros, señora? ¿y por qué? ¿por qué? ¿acaso es vergüenza que vos, libre y jóven, me amárais siquiera por un instante? ¿me amárais á mí, á mí que os adoro, á mí que me abraso por vos? Si estábais impaciente por verme, ¿cómo estaria yo? Doña Catalina, me habeis hecho el hombre mas feliz de la tierra.

—¿De veras, Don Leonel?

—¿Lo dudais? señora, ¿dudais que se alegren los prados y las flores con la luz del sol? ¿dudais que se estremezcan de placer los árboles al sentir despues del calor abráador del dia, las gotas frescas de las lluvias? ¿dudais, señora, que sea feliz el alma que mira la luz de la esperanza entre las negras sombras de la incertidumbre y del desconsuelo? Señora, podeis no amarme, y nada podré deciros; pero dudar de mi pasion, nunca.

—Don Leonel, yo soy libre, pero vos no lo sois; podeis amarme, pero hareis mal, y mal haria yo en corresponderos, porque vos no sois libre, porque sagradas promesas y juramentos, os unen con Doña Esperanza de Carbajal.

—No me recordeis eso, por Dios, Catalina: yo sé bien lo que debo á Esperanza; yo sé que me ama, que soy un infame en abandonarla, que quizá la haré infeliz para toda su vida; todo eso lo sé, y sé cuanto vos me quereis decir: ¿cómo suponéis que no he meditado en esto? Y sin embargo, á pesar de lo que me dice mi razon, á pesar de todo, no puedo resistir, y os adoro y lo olvido todo, todo por vos, porque siento que me arrastra hácia vos una fuerza desconocida pero que no

XXVI.

En el que Guzman consigue la prueba que queria Doña Esperanza.

En aquel mismo dia muy temprano, Don Leonel recibió una esquila perfumada. La abrió, y decia:

«DON LEONEL:

«Vuestras palabras y la escena de ayer me han preocupado de tal modo, que necesito veros hoy en la mañana: si me amais, venid lo mas pronto que os sea posible.

«Os besa las manos

CATALINA.»

Don Leonel tomó la pluma y contestó inmediatamente con el mismo lacayo que habia traído la carta:

«DOÑA CATALINA:

«El amor me hará volar á vuestras plantas; á las diez estaré en vuestra casa para juraros de nuevo una y mil veces que os adoro.

«Vuestro hasta la muerte

LEONEL.»

A las diez, como lo habia prometido Don Leonel de Sa-

me es dado contrariar; no sé si es Dios ó el demonio el que me ciega; pero por vos soy capaz de todo, del crimen, de la traicion, de la locura.

Don Leonel hablaba con todo el fuego de la pasion. Doña Catalina, con su trage de luto y su rostro encendido por el entusiasmo que le inspiraban las palabras del jóven, le escuchaba clavando en él sus ojos brillantes, y sin contestar una palabra, estrechaba convulsivamente una de las manos de Don Leonel que tenia entre las dos suyas.

—Si yo pudiera mostraros mi alma para que la viérais como yo miro vuestros ojos, señora, entonces leeríais en ella cuánto os amo, así, tan claro como yo leo en vuestro semblante, señora, que me amais á mí.

—¿Que os amo?—contestó Catalina con una sonrisa;—¿quién os lo ha dicho?

—¿Quién me lo ha dicho? nadie, señora; pero yo lo conozco porque vuestros ojos os venden, porque no me lo podeis negar: Catalina, ¿me amais?

—¡Oh! no es cierto, os engañais, no es verdad que os amo.

—No os empeñeis, señora, en negármelo: ¿no me amais?

—Sí; os quiero como á un amigo, como á un hermano.

—Inútil fingimiento, Catalina; me amais.

—Vaya un empeño, quererme hacer creer que os amo.

—Y me amais—dijo con firmeza Don Leonel, llevando con pasion muchas veces á los labios la mano de Doña Catalina, que ella no cuidó de retirar;—me amais, ¿á qué negarlo? Dejad que salga de vuestro seno esa pasion; dejadme oír esas palabras, tan dulces como la música de los cielos.

—No debe ser—contestó Doña Catalina.

—¿No debe ser, alma de mi alma? no debe ser, pero es, y yo os amo y vos me amais, y en este momento el único

pesar que teneis es el rubor de confesármelo. ¿Es verdad, bien mio?

Las cabezas de los dos jóvenes estaban tan cerca, que Don Leonel no tuvo mas que inclinarse un poco, y sus labios se unieron con los de Catalina, que instintivamente aspiró con delicia aquel beso.

—Por Dios, Don Leonel—dijo la jóven retirándose.

En este momento llamaron á la puerta.

—Pasen—dijo Doña Catalina, procurando tomar un aire de tranquilidad.

—Aquí buscan á la señora—dijo un lacayo.

—¿Quién?—preguntó Catalina.

—Dice que se llama Guzman.

—Con vuestro permiso, Don Leonel—dijo Catalina levantándose—voy á ver qué quiere ese hombre.

Don Leonel quedó solo, meditando en el amor que tenia á Doña Catalina, y mirando en el fondo de su pensamiento la figura triste y melancólica de Doña Esperanza.

Catalina salió al correr, y Guzman la esperaba con el sombrero en la mano.

—¿Qué se ofrece?—dijo ella.

—La señora me envia—contestó Guzman—á decir á Don Alonso de Rivera que le mande la prueba convenida; pero Don Alonso no está ahí, y me he atrevido á molestar á la señora.

—Has hecho bien. ¿Qué hay por allá?

—Verdaderamente no sé, porque apenas entro al aposento de la presa; pero se habia desmayado.

—¿Mi madre habló con ella largo tiempo?

—Muy largo, y creo que todo va bien, porque le ví á la señora muy buena cara.

—Toma—dijo Catalina sacando de una escarcela la car-

ta que le habia escrito Don Leonel en la mañana;—lleva esto con cuidado, no se pierda.

—Está bien.

Guzman bajó la escalera, y Doña Catalina volvió á entrar adonde la esperaba Don Leonel.

Quizá no haya cosa que enfrie mas un diálogo amoroso, que una interrupcion larga en el momento del mayor entusiasmo; el placer que no se apura de un solo trago, no es un verdadero placer.

Don Leonel y Catalina no volvian á reanudar la conversacion con el mismo calor: hay una época en los amores en que la mujer recibe un beso con gusto, pero que es fuerza robárselo, porque necesita disculparse consigo misma, y en esa época, que por fortuna de los amantes dura bien poco, el hombre está siempre en una situacion embarazosa, sin saber si acomete, á riesgo de recibir un desaire, ó con peligro de que su prudencia pase por tontera. En este período el hombre de mas mundo pierde la sangre fría, y una mujer que hiciera durar esto demasiado, acabaria por alejar al adorador.

Catalina se sentó y Leonel volvió tímidamente á su lado.

—Doña Catalina—dijo—¿tendré que perder la esperanza?

—La esperanza—contestó Catalina marcando con intencion esta palabra—es quizá lo que se interpone entre nosotros.

—¡Oh, señora, por Dios! Os lo he suplicado, no hablemos de eso.

—Bien, ¿de qué quereis que hablemos?

—De mi amor.

—Habeis avanzado hoy mucho para que yo no os tema y vos no esteis satisfecho.

—Mi pasion no se satisface con nada.

—Lo creo, pero no se ganó Zamora en una hora; dejad algo á la constancia del hombre y algo á la virtud de la mujer, que amores en que se triunfa sin combate y se sucumbe sin resistencia, son de poca vida y de poco mérito.

Decia esto Doña Catalina con tanta frialdad, que Don Leonel comprendió que el momento que debiera haber aprovechado para el triunfo habia volado, y era preciso esperar que otro volviese á presentarse.

Pero los enamorados no pueden hablar sino de amor con la mujer que los inspira, y Don Leonel, conociendo que la ocasion no era ya oportuna, tomó su sombrero, maldiciendo al lacayo inoportuno.

—¿Volvereis pronto?—dijo Catalina.

—Mañana, señora—contestó Leonel, estrechando la mano de la jóven.

Guzman salia en su caballo en el momento mismo en que Teodoro siguiendo las instrucciones de Don César y de Martin, llegaba á la casa de Doña Catalina para averiguar, si podia, algo sobre el paradero de Doña Esperanza.

Teodoro se detuvo para dejar el paso á Guzman, á quien no habia conocido al principio; pero así que llegó cerca de él, la fisonomía de aquel hombre despertó en él tales recuerdos, que no vaciló ya en asegurar quién era.

—Oh!—exclamó en su interior—yo debo seguir á este hombre; tiene conmigo una deuda atrasada que no le perdonaré jamás, y puede que este me dé el hilo que busco: ave de mal agüero no puede anunciar sino desgracias.

Y sin pensar mas, se cercioró de si llevaba su daga, y echó á andar siguiendo á Guzman, que caminaba paso á paso para no llamar la atencion de los transeuntes.

Mientras atravesaron la parte poblada de la ciudad, Teo-